



MERCADO DE CULLERA (VALENCIA)

## La Mercería

PEPA MOSQUERA

**CULLERA, 10 DE FEBRERO DE 1998**

Querida Blanca: Te escribo esta carta para contarte lo que me ha pasado en estos últimos días, tras heredar la vieja mecería que perteneció a mi tía abuela. Ya sabes, mi tía Aurora, la que se llamaba como yo, que también era mi madrina.

La tienda es un verdadero lío. No se si te he hablado alguna vez de ella, es esa que está justo enfrente del Mercado del pueblo, en el Carrer del Calvari. Todo anda tan revuelto que llevo más de una semana tratando de poner orden y sigo sin saber por dónde meterle mano. Cajas tiradas en el suelo, las medias colgando por todas partes, más de una enganchada en los muebles, los calcetines desaparejados y dedales desperdigados en cada rincón. ¡Dios mío! ¡Cómo arreglo este desastre?

Cuando, antes de morir, mi tía me hizo prometerle que me haría cargo de su pequeño negocio, ni se me ocurrió pensar en el trabajo que me costaría enderezarlo. Mi madrina lo heredó de su suegra y yo, no te digo, lo tengo al faltar ella. Era una viejecita maravillosa, siempre alegre, despistada hasta lo imposible y golosa. ¡Vaya si era golosa!



La mercería ha permanecido cerrada durante años. Hace cuatro o cinco, mi tía se cayó y se rompió la cadera. Estuvo mucho tiempo sin poder moverse y durante aquél tiempo de inactividad se entregó con entusiasmo a su gran placer, los dulces. Ni una sola de las muchas tardes que la visité faltaron los pasteles, los bollos, o la golosina que fuera. Y, claro, sus medidas comenzaron a ensancharse. A tal ritmo lo hicieron que cuando Aurora quiso volver a caminar ya no pudo hacerlo. Pero no te vayas a creer que por eso perdió la sonrisa ni el sentido del humor. ¡Seguía tan vivaracha como siempre en su silla de ruedas!

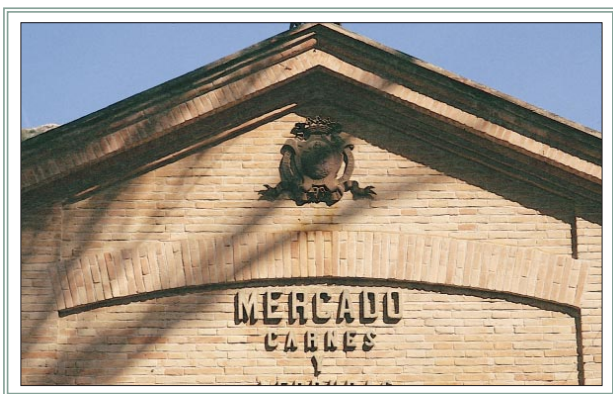
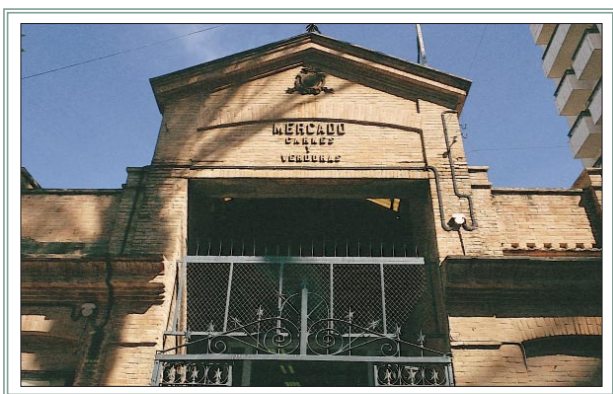
Esto de ser propietaria no acaba de convencerme. Pero bueno, hagamos como mi tía y ¡adelante con lo que me ha caído encima!

Como te decía, llevo algún tiempo tratando de ordenar el local. Hace cosa de tres o cuatro días encontré, aunque mejor sería decir tropecé, con una gran caja de madera, bastante fea, por cierto. ¿Qué crees que guardaba?. Nada menos que todo un surtido de fajas con cordones, verdaderas reliquias del siglo pasado. Llevan varillas, entredoses, encajes, puntillas... ¿Cómo soportaban las mujeres meterse en semejantes prisiones?. Había, también, una caja de botones y otra de sombreros. ¡Estos si que son bonitos!. Me los he probado una y cien veces y no me canso de mirarme al espejo. Todavía no lo he hecho, pero algún día saldré con uno de ellos a la calle, y que se ría quien quiera.

En fin, vuelvo a lo que te estaba contando. La mercería tiene una trastienda grande, aún más rebotante de cajas, paquetes y bultos. Tiene, además, un cuartito de aseo, un

patio diminuto y una especie de alacena bajo una escalera que termina directamente en el techo. De lo más raro, ¿no? Una escalera que no va a ninguna parte, carece de sentido... Cuando me harté de buscar alguna explicación convincente, sin el menor resultado, decidí seguir ordenando y así fue como hice mi siguiente descubrimiento. Al mover unas cajas apiladas, unas encima de otras, vi que tapaban un armario. Estaba cerrado y sin llave. ¡Tenía que abrirlo! Probé con un montón de llaves distintas que había por allí, pero la cerradura las rechazaba todas. Al final, desesperada, eché mano a un destornillador y logré mi objetivo.

Ardía en curiosidad. Me desilusioné bastante al ver el primer objeto que guardaba: un guante, de cabritilla, creo, muy usado y con una ligera mancha. Todavía conserva un remoto aroma a perfume. También encontré un pañuelo de blonda con un bordado en una esquina, medio deshilachado y una caja forrada de un papel tipo inglés de flores desvaídas. Muy bonita, por cierto. Tomé la caja con cuidado y, al abrirla,



cayeron al suelo unas hojas. Una de ellas estaba fechada en el año 1880. La letra era de mujer, pero su contenido carecía de interés. Se trataba de una lista, supongo que de algo relacionado con la contabilidad de la tienda. Estaba guardándolas de nuevo en la caja cuando mi mano tropezó con un pequeño bulto: una libreta encuadernada en cuero negro. En la primera página figuraba el nombre de Aurora. Estaba claro que era un diario y su propietaria tenía que ser o mi tía-abuela o su madre, que también se llamaba así (tradición de familia, qué le vamos a hacer). ¡Ardía en deseos de leerlo!

Tenía un hambre de caballo, pero decidí que mi estómago tendría que esperar. Estaba verdaderamente deseosa de descubrir qué secretos escondían aquellas páginas. Te transcribo textualmente parte de su contenido...

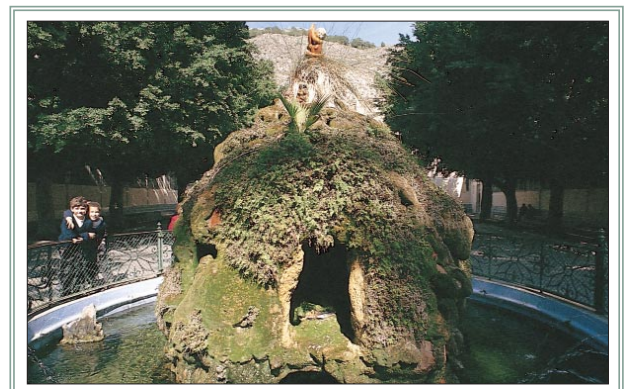
### 13 DE SEPTIEMBRE DE 1891

Hoy es viernes, así que hay Mercado. ¡Cómo deseo que llegue este día! Paso la semana contando las horas y hasta los minutos que faltan. Me asfixia la tristeza de esta casa. Aunque ya han pasado tres años desde que padre murió, madre se muestra inquebrantable en el luto, y tanta pena me está volviendo loca. Hay negro por todas partes, en las telas que cubren los muebles, en mis trajes y en los suyos.... Siento que hasta las sombras que proyecta el poco sol que se cuele por las persianas, siempre bajadas, son ahora más oscuras.

Pero el viernes por la mañana renazco. Esas dos horas que me concede madre para hacer la compra son mi mayor tesoro. ¡Qué alivio sentir el sol en la cara! ¡Qué gusto pasear por los puestos del Mercado y ver a la gente charlar, gesticular, reír! incluso me gustan sus gritos, a mí, que tanto me ha molestado siempre el ruido. A veces miro de reojo hacia el balcón, por si madre me vigila, pero hay tanto barullo que no creo que pueda verme. Hablo poco con la gente, eso sí, por miedo a que alguien le vaya luego con el cuento.

El puesto que más me gusta es el de Nati, el de la verdura, tan colorido y bullicioso. Dejo que las mujeres se me cuelen para estar allí más tiempo. Nati es tan graciosa, tan espontánea... Puede hablar con cinco personas a la vez sin perder ripio del negocio. Y vaya si la arma si alguien trata de birlarle algo.

Casi me da pena el ladronzuelo, de la bronca que le monta. Pero Nati no es mujer de seriedades, enseguida recupera la sonrisa y vuelve a su locura de gestos, que no se como le dan tanto de sí los brazos.



“Vamos, niña, toma una naranja, a ver si te vuelve el color a la cara”, me dice al verme, o cualquier otra cosa agradable. Nunca me deja marchar sin alguna fruta de regalo. Y cuando me voy, con la cesta bien cargada y el temor de que madre me regañe por haber comprado más de lo necesario -en su opinión, siempre me excedo-, Nati me dice: “¡No te olvides de pasarte el próximo viernes, que te voy a traer a mi sobrino! ¡Seguro que tú me lo enderezas!... Pero ningún viernes lo ha traído.

**21 DE JUNIO DE 1892**

Hoy ha ocurrido algo espantoso. Cuando he bajado del Mercado, varios guardias estaban rodeando el tenderete de Nati. Había tanta gente que me tuve que poner de puntillas para ver qué pasaba. Nati, mi querida Nati, estaba tendida en el suelo, en medio de un gran charco rojo. En un primer momento pensé que quizá había resbalado y la mancha roja era de tomates espachurrados, pero al instante siguiente comprendí que era sangre. Nati no se movía y, entonces, tuve la certeza absoluta de que estaba muerta.



Los ojos se me nublaron, dejé de ver y sentir y creo que lancé un grito. Alguien debió de sostenerme, porque no llegué a caerme. Debí permanecer inconsciente sólo unos segundos, el caso es que cuando me recuperé tuve la sensación de que nadie había movido un músculo. Todo el mundo seguía con los ojos fijos en Nati.



Yo también estuve mucho rato mirándola, sin saber qué hacer, pero luego desvié la vista y la concentré en el tenderete. Había algo en él que me llamaba la atención, sin que acabara de descubrir de qué se trataba. Todo parecía estar como siempre, las cajas de frutas y hortalizas apiladas en perfecto orden.



Aquello me pareció todavía más raro. ¿Cómo era posible que no hubiera nada tirado?. No se por qué, pero pensaba que quien hubiera matado a Nati, porque a esas alturas todo el mundo hablaba ya de asesinato, debería haber revuelto el puesto. Los manojos de espárragos, los pimientos, que sé yo, algo. El caso es que tanto orden me producía mucho desasosiego.

La gente debía de haber estado chillando desde el primer momento, pero yo ni me había enterado hasta entonces, de tan concentrada que estaba. Les veía abrir la boca, gesticular, pero ni me enteraba. Tanto miré y miré el tenderete que, por fin, descubrí qué era lo que desencajaba. En medio de un montón de pimientos rojos que había en una esquinita, en el suelo, algo claro sobresalía... Pero era pequeño y yo estaba demasiado lejos para identificarlo con claridad...



**22 DE JUNIO DE 1892**

Anoche descubrí, por fin de qué se trataba. No se cuanto tiempo permanecí en el puesto de Nati. Debió ser mucho porque, de pronto, apareció madre. Me miró sin decir palabra, me cogió del brazo y me arrastró hasta casa. Creo que fue entonces cuando empecé a llorar.

¡Estuve horas llorando! ¡Habían matado a Nati! Cuando me tranquilicé ya era casi de noche. Con cuidado de no hacer ruido, subí ligeramente la persiana de mi dormitorio y miré a través de ella. El Mercado estaba desierto. Entonces, se me ocurrió ¡Tenía que coger aquello que tanto me había llamado la atención!... Desde luego, si no lo habían hecho ya los guardias.

Esperé a que fuera bien entrada la noche. Mi plan era acercarme hasta el puesto y cogerlo, sin más. Las piernas me temblaban. No estaba muy segura de que estuviera bien lo que iba a hacer, pero lo que más terror me daba es que me descubriera madre. Ni siquiera me vestí. Me eché una gran toquilla encima del camión y, cuidando de no hacer el menor ruido, salí a la calle.

Cinco minutos más tarde estaba de regreso, con mi botín en las manos. No, la policía no se lo había llevado. Probablemente, no significaba nada y sin embargo, yo estaba segura -estoy segura- de que ese pequeño guante de cabritilla tiene mucho que ver con la muerte de Nati. Es imposible que fuera de ella. ¡Jamás hubiera podido meter ahí sus dedos regordetes! Tiene una mancha en la palma y es de la mano derecha. Lo tengo delante de mí mientras escribo y no puedo dejar de mirarlo...

**7 DE JULIO DE 1892**

Hasta esta casa silenciosa ha llegado el rumor que corre por todo el pueblo: la policía detuvo el mismo día del suceso a un hombre, un forastero. Dicen que es el asesino. ¿Debería acercarme al cuartelillo y enseñarles el guante?

**12 DE AGOSTO DE 1892**

Por fin me he atrevido a hacerlo. No estaba segura de que fuera a serles útil en la investigación, pero mi conciencia me apremiaba a mostrárselo. Con el pretexto del Mercado, he salido como todos los viernes, he hecho la compra a toda prisa y me he ido directa al cuartelillo.

No me han hecho mucho caso. Les expliqué donde había encontrado el guante y mis sospechas acerca de él. El sargento me miró como si fuera una mema y me largó un sermón acerca de las chicas que se entrometen en dónde no deben. Pero aceptó quedarse con el guante. No perdí tiempo en despedidas, por si las moscas.



En cuanto lo cogió, me fuí de allí todo lo rápido que pude. Era tardísimo y lo que menos deseaba era que madre empezara a sospechar cosas raras.

**26 DE AGOSTO DE 1892**

Hoy he vuelto al cuartelillo. Tenía miedo de llevarme otra regañina, pero mi curiosidad por saber lo que habían descubierto algo era aún mayor.

¡Menuda decepción me he llevado! Un guardia, muy impaciente, me aseguró que el autor del crimen era el hombre que habían detenido.

Varias personas le habían visto merodeando por el puesto de Nati y largarse, luego, a toda prisa. Estaba en la cárcel de Valencia y le iban a ajusticiar. “Si quieres, puedes llevarte el guante –me dijo–. Parece que estabas muy encariñada con esa mujer y así tendrás un recuerdo suyo”.



**15 DE FEBRERO DE 1893**

Han pasado casi seis meses desde mi última visita al puesto de la Guardia Civil y en este tiempo han ocurrido muchísimas cosas. A ver si soy capaz de contarlas con orden.

A las pocas semanas de la muerte de Nati, casi nadie en el pueblo hablaba ya de lo ocurrido. El asesino iba a ser ajusticiado y con eso parecía bastarles. Ahora, su puesto lo regentaba su sobrino, al parecer aquel muchacho que tanto interés tenía Nati en presentarme, junto con una joven que debía ser su esposa.

Ella es completamente distinta a Nati. Muy señoritinga y presumida. Me daba risa ver cómo sostenía los repollos, las acelgas, las zanahorias o cualquier otra verdura con la punta de los dedos, como si fuera a ensuciarse. Eso sí, a poco que te descuidaras en las cuentas, se embolsaba unas perras de más. Su marido, el sobrino, era muy dicharachero. En cuanto me veía me lanzaba algún piropo y yo me ponía como un tomate. En realidad no se si eran piropos o burredas. Me decía algunas cosas que no acababa de entender del todo, pero debían ir con segundas porque muchas mujeres soltaban grandes risotadas. A la que parecían no hacerle la menor gracia era a su esposa. Así las cosas, yo procuraba hacer la compra todo lo rápido que podía. Seguía muy triste. Esa gente me recordaba la ausencia de Nati y había perdido todo el entusiasmo por los viernes y el Mercado.

Pero madre no me dejaba faltar a la cita. Triste o no, cada viernes tenía que cumplir con mi obligación. Así fue como



uno de los días, no recuerdo exactamente cuál, aunque creo que era en el mes de diciembre pues hacía mucho frío, me quedé tiesa al ver que aquella mujer lucía en las manos un par de guantes, si no iguales, casi, al que yo guardaba de Nati.

Tanto tiempo los miré y tan fijamente, que ella acabó por notarlo.

–¿Te gustan?– me preguntó –¡Me los ha regalado mi marido! son preciosos, ¿verdad?– añadió orgullosa.

–¡Sí que son bonitos!– contesté. –¡Me gustaría tanto tener unos iguales! ¿Sabe Vd. dónde los venden?

–Ahí, en la mercería. Pero ni por un momento pienses que tú puedes comprarlos. ¡Son carísimos!

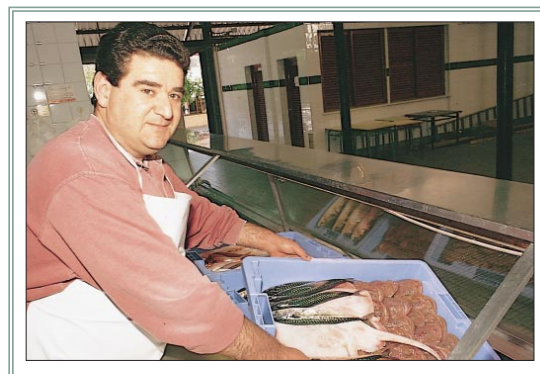
No podía dejar escapar aquella oportunidad. Hice la compra aún más rápido de lo acostumbrado y me fui derechita a la mercería. Conocía bien a la dueña porque, antes de que padre muriera, pasaba mucho rato allí. Me gustaba aquella mujer... y vendía cosas preciosas.

A ella no le importaba enseñármelas una y otra vez, aunque no comprara nada. Estaba tan excitada al entrar en la tienda, que apenas le di los buenos días, le pregunté a Virtudes –ese es su nombre– si recordaba haber vendido un par de guantes de cabritilla hacía cosa de siete u ocho meses.

–¡Vaya si me acuerdo!– respondió –Lo recuerdo bien porque sólo he tenido dos pares, y los dos se los he vendido a la misma persona, un hombre. Fue muy curioso. Me compró los primeros un viernes, muy de mañana, lo sé porque había Mercado, y volvió al lunes siguiente a preguntarme si tenía otros iguales. Me dijo si le podía vender el de la mano derecha, que lo había perdido.

–¡Figurate!– prosiguió tras una breve pausa para ver mi reacción. Y como yo no dije nada, explicó –¡Sería tonto ese hombre! ¿A quién se le ocurre pensar que se puede vender un guante suelto? pues menudo negocio haría... Estuvimos discutiendo un rato, él empeñado en que le vendiera el que necesitaba y yo diciéndole que era imposible. Al final, aunque muy enfurruñado, terminó comprando el par. Es el sobrino de Nati, ya sabes, la del puesto que asesinaron... pero oye, ¿por qué me lo preguntas?

–¡Ay, qué tarde se me ha hecho!– exclamé. –¡Madre va a enfadarse muchísimo! se lo cuento en otra ocasión, Virtudes-. Y salí precipitadamente de allí para no tener que darle explicaciones. Tan rápidamente me iba que me dí de bruces con un mozo que en ese momento entraba por la puerta. Pero ni me paré a mirarle.



Tenía mi guante y sabía quién lo había comprado. ¿A dónde me conducía aquello? Mi intuición seguía diciéndome que derechita al verdadero asesino de Nati. No podía estar más segura de que el pobre desgraciado encarcelado en Valencia era inocente. Al menos, de ese crimen.

Estuve la semana entera devanándome los sesos sobre cómo seguir la pista del guante. Pensé decenas de cosas. Volver al cuartelillo y contar lo que había descubierto, hablar directamente con el sobrino de Nati, o con su mujer... Descarté éstas y muchas otras ideas ¿qué hubiera conseguido? Nada bueno. Ninguna me servía. No iban a llevarme a ninguna parte, en todo caso a meterme en un buen lío si los guardias le iban con el cuento a madre.

No descubrí lo que tenía que hacer hasta el mismo viernes por la mañana. Había tenido pesadillas toda la noche y al alba, harta de dar vueltas en la cama, me levanté. Estaba almorzando pan con tomate cuando se me ocurrió. Quizá por asociación de ideas: el tomate me hizo pensar en Nati, ella en el puesto... El caso es que ya sabía lo que tenía que hacer. Quizá tampoco lograra nada, pero por probar...

Cuando esa mañana me presenté en el puesto, llevaba mi mano derecha enfundada en el guante. La mujer lo vio de inmediato. Clavó sus ojos en él, metió la mano en el bolsillo, sacó su par de guantes y, acto seguido, rodeó el tenderete y me agarró fuerte el brazo.

–¡Vicente!– gritó –¿No me habías dicho que tuviste que comprar-me otros guantes porque alguien te robó los primeros? ¡Pues aquí tienes a la ladrona!

Me puse como la grana.

–Yo no he robado nada– dije muerta de vergüenza al ver que toda la clientela se volvía a mirarme. –Encontré el guante aquí, el día en que mataron a Nati...

La gente empezaba a hacer corrillo. Yo templaba cada vez más. ¡Tenía que mantener la serenidad como fuera!

–¡Qué lo encontraste! ¿Dónde, mal nacida?– me espetó el tal Vicente. –¿No será que me lo robaste esa mañana?

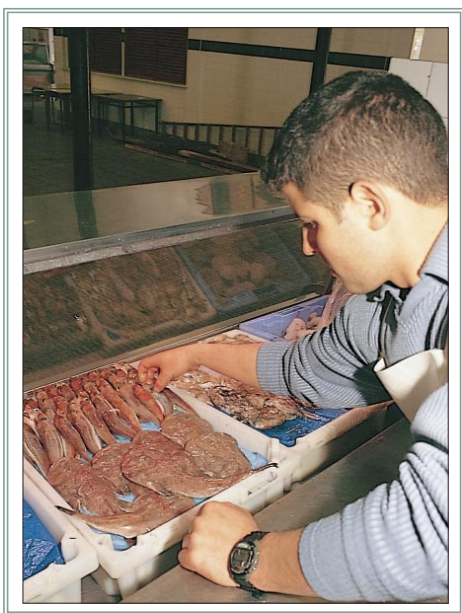
–¡Le prometo que no! Ya le he dicho que lo encontré. Estaba tirado en el suelo...

–¡No digas más embustes, te he pillado!– continuó el hombre cada vez más furioso. –Está claro que lo cogiste esa mañana, cuando yo estaba aquí con mi tía.

–¡El que miente es Vd.!– repliqué, aparentando mucho más valor del que sentía. –¡Vd. no estuvo aquí esa mañana!

–¡Será embustera la mocosa! ¡Pues claro que estuve!– soltó una risotada.

–¿Cómo puede estar tan seguro? Si hubiera estado aquí, se habría hecho cargo de Nati, al ser de la familia. Pero aquí no había ningún familiar porque lo sabrían los guardias– proseguí con algo más de



valor al ver que, precisamente, uno de los municipales se acercaba ante el alboroto que estábamos armando.

–¿Qué ocurre aquí?– preguntó al llegar.

Vicente, que era el que ahora me sujetaba, y con tanta fuerza que me hizo un moratón en el brazo, respondió antes de que yo pudiera decir la menor palabra.

–¡Esta estúpida! ¡Me ha robado y encima se atreve a llamarme a mí mentiroso!– resopló sin perder un ápice de su furia.

No recuerdo con exactitud como prosiguió la discusión. Pero sí, y muy bien, que los dos fuimos conducidos al cuartelillo, mientras la mujer de Vicente, más pálida que un muerto, se quedaba en el puesto soltando hipidos y grititos histéricos.

En el cuartelillo, el sobrino de Nati continuó amenazándome. Pero los guardias comenzaron a hacerle preguntas mucho más difíciles de responder que las mías y Vicente empezó a contradecirse. Ya no recordaba si había estado en el Mercado aquel fatídico viernes, menos aún en el puesto de su tía. Tampoco estaba seguro de cuando compró los guantes, de si perdió uno o yo se lo robé...

El solito se metió en la boca del lobo. Acabó confesándose autor del asesinato. No tenía dinero, quería casarse, a su novia le gustaba la ropa cara, su tía no le ayudaba... Se había acercado al tenderete para pedirle unas pesetas, ella había vuelto a negárselas, como siempre, y en un acceso de rabia sacó la navaja que llevaba y se la clavó derechita en el corazón. El no quería matarla, ¡lo juraba! Sintió pánico al percatarse de lo que había hecho, nadie parecía haber visto nada y se escurrió de allí todo lo rápido que pudo...

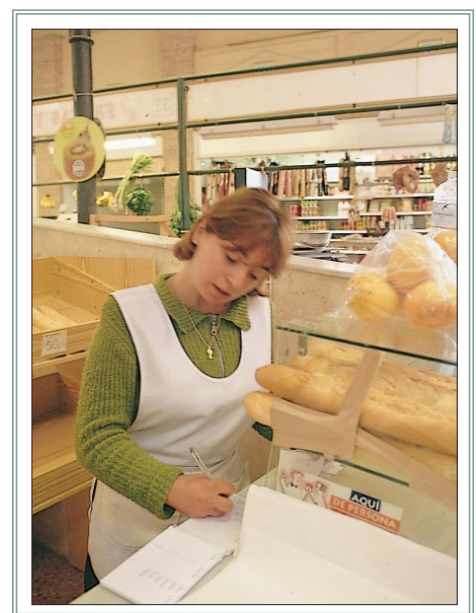
Cuando uno de los municipales me acompañó a casa, ya bien entrada la tarde, madre me recibió dándome un bofetón en toda la cara. Si no llega a ser por el guardia, no se que más me habría hecho. El hombre la hizo entrar en razón poco a poco. Cuando, por fin, comprendió lo sucedido, rompió a llorar y me abrazó. Todavía me duele el bofetón, pero en aquel mismo instante acabó el luto en casa.

En cuanto a aquel pobre desgraciado detenido, sólo se de él que le dejaron libre.

#### 4 DE MAYO DE 1894

¡Qué curioso es el destino! me caso la próxima semana, y con un precioso vestido blanco. Me lo ha regalado Virtudes, ya casi mi suegra.

Después de que se supiera la verdad sobre el asesinato de Nati, madre ya no tuvo fuerzas para mantenerme encerrada. ¡Me había convertido en la heroína del pueblo! pasé muchas tardes en la mercería de Virtudes, que nunca se cansaba, al parecer, de que le contara una y otra vez la historia. Su hijo, ese mozo con el que me



di de bruces en la puerta, estaba allí casi siempre. Yo pensaba, al principio, que lo hacía por cortesía, pero pronto empecé a darme cuenta de que no era esa la única razón...

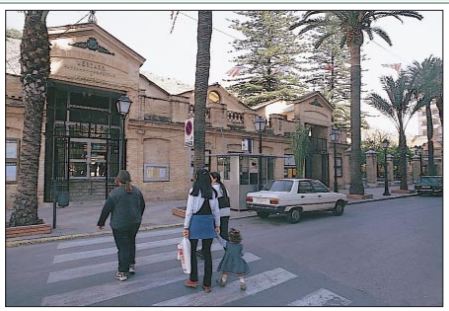
#### QUERIDA BLANCA:

Lo que prosigue en el diario son cosas privadas, o sólo tienen interés para su autora, que como supongo habrás adivinado es la madre de mi tía abuela. Cuando Virtudes murió, ella y su marido se quedaron con la mercería, luego pasó a su hijo y así ha llegado ahora hasta mí.

En cuanto a la escalera que no lleva a ninguna parte, hasta la fecha no he podido descubrir su lógica. ¡Pero seguiré intentándolo!

Tu amiga, que te quiere, Aurora. ■

**PEPA MOSQUERA**  
PERIODISTA



## MERCADO DE CULLERA

A los pies del Carrer del Calvari, en pleno centro de la villa, se encuentra una de las glorias arquitectónicas de Cullera: el Mercado Municipal, con sus jardines y viales, verdadero testigo del acontecer ciudadano.

Fuera de las murallas que circundaron la antigua villa desde 1557 hasta 1868, y junto al Portal del Mar –que defendía la fortificación llamada la Torre de Santa María del Castell– había un amplio espacio, en ligera pendiente, ocupado durante siglos por las eras y los secaderos de la villa. Esa gran explanada constituía una obsesión antigua de los municipales cullerenses. Todos querían convertirla en plaza y Mercado Municipal. Algo lógico si tenemos en cuenta que, por real privilegio del año 1320, todos los viernes se celebraba en este espacio el Mercado comarcal semanal (hoy en día trasladado a los jueves). Y con el crecimiento demográfico de Cullera, que pasó de 958 habitantes en el siglo XVI a casi 12.000 en 1899, la búsqueda de ese nuevo espacio se hizo aún más imperativa.

En el Archivo Histórico de la ciudad se guarda un grueso tomo, excelentemente encuadernado, con letras y filigranas de oro, que contiene todo lo referente a la creación del Mercado. Desde las expropiaciones que hubo que hacer hasta los planos, en papel vegetal, del arquitecto Luis Ferreres.

La obra comenzó en 1899 y terminó en 1903. Se trata de una gran cuadrícula, con su cruce de vías centrales, adornada con artísticas columnas de hierro fundido en el recinto interior. Tres de las cuadras están dedicadas a los gremios: el de la carne, el del pescado y el de la fruta y verdura. La cuarta no tuvo uso material y en la actualidad se ha convertido en una gran sala-auditorio donde los cullerenses asisten, en las soleadas mañanas de invierno, a los conciertos de sus bandas y orquestas sinfónicas locales.

Por razones de vecindad, toda la plaza está dedicada, desde tiempos inmemoriales, a la Virgen del Castillo, que desde su elevado puesto en la iglesia de la montaña es muy probable que mire asombrada la otra cara de Cullera: el multitudinario centro turístico que es ahora esta villa marinera, con su preciosa playa repleta –lamentablemente, para muchos– de miles de apartamentos.